

Una rata

Juan Carlos Orrego Arismendi

Un día ya borroso del siglo pasado, mi hermano y yo tuvimos una epifanía lingüística a propósito de uno de los eventos más cotidianos y traumáticos entre los que suelen ocurrir en nuestra vida citadina: la presencia de una rata en casa. Estábamos frente al televisor, concentrados en la noticia de un desmoronamiento de tierras en uno de los barrios que hacen equilibrio sobre las laderas del Aburrá, de modo que pudimos escuchar plenamente la declaración de un mocetón de unos diecisiete años que se reconocía como damnificado: “Sí, yo había escuchado unos ruiditos cuando me acosté, pero creí que era la rata”. Nos pareció simpático que dijera *la* y no *una* rata, pero entendimos perfectamente a qué se refería: él, con solo elegir el artículo definido, revelaba que un roedor había estado rondando la vivienda días antes de la tragedia, de modo que sus moradores ya habían podido avistarlo o, por lo menos, tenían alguna evidencia de sus merodeos. Solo en ese momento tuvimos conciencia de que, incontables veces, habíamos usado el mismo código para referirnos a las insidiosas visitantes de nuestra casa.

La presencia de una rata en mi casa de Manrique Central, en septiembre de 2014, puso en evidencia la delgada línea —aun así, muy definida— que separa los hechos de avistar *una* rata y ver *la* rata. Ocurrió una noche en que varias circunstancias se confabularon para conferirle al episodio toda la redondez literaria necesaria para que ahora pueda volcarlo en letras de molde. Después de las nueve, cuando mi esposa y yo insistíamos estoicamente en adelantar trabajo con los ojos velados por la fatiga —nuestros hijos, mientras tanto, leían con toda frescura los libros que acababan de traer

de la Fiesta del Libro—, nos llamó la atención un agitado ir y venir, aderezado con voces alarmadas, que fue cuajando poco a poco en la terraza que se levanta sobre nuestro solar. Fui a la trastienda de la casa y descubrí en la terraza a dos policías con linternas. Uno de ellos, al verme, me preguntó:

—¿No sintió nada raro, como si hubiera caído algo?

Le dije que no, e inmediatamente el otro adelantó la explicación cuya correspondiente pregunta ya se fraguaba en la punta de mi lengua:

—Hay tres tipos escondidos por ahí.

Había, pues, ratas en el barrio, si bien en el solar parecía reinar una paz magníficamente representada por la solitaria tumba de nuestro conejo, muerto durante la sequía de julio.

El deseo apremiante de meternos en la cama hizo que volviéramos sobre nuestras tareas y tratáramos de olvidar el operativo policial. Pero nuestra liturgia libresca se hizo quimérica cuando, de repente, estalló una algarabía poco menos que taurina al frente de la casa. Corrimos hasta la puerta principal y vimos lo que había: medio vecindario estaba asomado sobre la carrera 47 y atisbaba lo que sucedía en un edificio en construcción sembrado a cinco casas de la nuestra, avanzando hacia el templo gótico de los Carmelitas. Al pie del esqueleto arquitectónico, entre montañas de arena de pega y cascajo fino, media docena de policías intentaban someter a un jayán descamisado, grueso como Hércules y coronado con una maraña de pelo teñido parecida a la que por esos días remataba



Ethel Gilmour. *Cuidando una flor desde que era semilla*
(Serie 30 cartas a Dios). Mixta. 40 x 33 cm. 1989. Colección privada

la cabeza de Dani Alves. El reo se resistía con ferocidad, pero acabó sucumbiendo entre la montonera de los uniformados, ágiles y forzudos como hormigas. En un santiamén ya estaba el gigante puesto a buen recaudo en un sedán policial cuyas luces azules y rojas alumbraban la noche con una modestia que, en todo caso, hacía pensar más en sigilo que en timidez.

Una vez que *Alves* fue tragado por el vehículo, los corrillos de vecinos se entregaron a un frenético intercambio de datos e interpretaciones. Cuando la versión que fluía desde la construcción alcanzó nuestra puerta, supimos que tres hombres se habían colado en la obra con el objeto de robar las herramientas —tendrían en mente contactar al maestro al día siguiente para acordar algún pago por el rescate de los fierros—, pero la llegada de la policía los había obligado a una desbandada loca. Dos de los cacos se habían evaporado como agua en sartén, pero el tercero, acaso menos experimentado en el arte de la fuga, había discurrido el

sose plan de saltar a un patio vecino y esconderse tras la primera puerta que encontrara, la cual, correspondiente a un claustrofóbico baño, resultó ser un perfecto anticipo del destino carcelario que lo esperaba. Como nadie sabía dónde podían estar los compinches del frustrado Houdini, pedimos a dos policías que revisaran nuestro solar. Uno de ellos, grueso y con voz de mando, ordenó a su acompañante, joven y flaco, que fuera el avanzada del allanamiento. El subordinado sacó su arma de dotación y le quitó el seguro, y siguió tras de Nancy, mi esposa, quien, más valiente que todos, se había adelantado para correr el cerrojo de la puerta trasera. Al cabo de la requisitoria quedó claro que, en efecto, nada había allí que pudiera turbar el sueño eterno del conejo.

—Pueden irse a dormir tranquilos —dijo el gordo con acento imperativo.

Todavía estuvimos un rato yendo y viniendo entre la biblioteca y la puerta principal, desde donde pudimos verificar la lenta disolución de los grupos de vecinos, quienes acabaron convenciéndose de que los otros ladrones habían escapado irremediabilmente. En casa fui el último en irme a la cama, pues mi carácter obsesivo me obligó a sentarme todavía un rato más frente al computador, con la idea de recuperar el tiempo perdido en el chismorre callejero. Pasada la media noche, justo antes de acostarme, fui hasta la ventana de la sala y me asomé una vez más a la calle. Vi que dos policías conversaban con dos vecinas de enfrente, todos con pocillos en la mano; un tercer oficial, apostado diez pasos más allá, miraba hacia la construcción. Cuando ya ponía la cabeza sobre la almohada alcancé a pensar, entre las brumas del cansancio, que el fin de semana iría a casa de mi madre para traerme uno de los pocos libros que mi padre había dejado, como legado literario, al morir: *Los rateros*, de William Faulkner.

En algún momento, algo me sacó del sueño: un movimiento inquieto contra mi espalda, so-

bre el borde occidental de la cama. Por instinto sabía que Nancy dormía en el otro hemisferio, y me bastó levantar la cabeza para comprobar que Juan Manuel, mi hijo menor, no había acudido a quejarse —como solía— por algún dolor. Había, pues, un intruso en la cama. Me incorporé con violencia al mismo tiempo que manoteaba aquello, y todavía tuve que repetir el golpe al sentir que la cosa seguía ahí. Mi esposa encendió la luz, y pocos segundos después, con espanto y asco inimaginables, vimos que una rata enorme saltó de detrás de mi nochero y salió a todo correr, adosada a la pared, y con pavor comprobamos que doblaba hacia la habitación de Laura —nuestra primogénita— por la puerta interior. Como todos los de su especie, se trataba de un bicho oscuro y húmedo, henchido de hambre y enfermedad. Sin duda se había colado mientras la puerta de calle estuvo abierta, los cinco minutos que duró la visita de los policías, aunque no podía descartarse que el ir y venir de rateros y oficiales por terrazas y techos lo hubieran arrancado de su madriguera y que, tras colarse en casa por el solar, hubiera buscado entre mis cobijas el calor perdido.

Entré al cuarto de Laura ahogado por el miedo y la repulsión que suelen suscitarnos las ratas en casa, sentimientos a los que, cuando se es padre, indefectiblemente se suma la rabia. Sacudí todos los muebles como un poseído, hasta que comprobé, por un chasquido de bolsa apretada que alcanzó a filtrarse entre el barullo que yo armaba, que el animal se había ocultado en el compartimento bajo del clóset, abierto esa noche por obra del diablo. Entonces me acomodé de rodillas sobre la cama de Laura, quien dormía como una bendita, ajena a la ruidosa requisitoria que practiqué en el clóset con una vieja escoba que me alcanzó Nancy. Con sobresalto fui corriendo y sacando todos los chécheres que mi hija había acumulado allí, año tras año, en un paciente trabajo de pájaro tejedor, y tanto deseaba como temía que el invasor apareciera. Al final, cuando yo creía que se había escabullido con la mis-

ma magia usada por los ladrones de la construcción, su cuerpo mugroso asomó bajo un bolsito de *Strawberry Shortcake*. Dio dos o tres vueltas locas por los bajos del clóset, mientras recibía o esquivaba los palazos, y al final salió del encierro con la idea de guarecerse en otro lado. Entonces fue cuando no cruzó la delgada línea que le hubiera permitido convertirse en *la rata*, y, para su perdición, se empeñó en seguir siendo *una* rata, sin más.

Si la intrusa, al salir del clóset, hubiera doblado a la izquierda para ganar el corredor central de la casa, el seguro escape le habría permitido volver otro día, si no varios, de modo que nosotros, impotentes, hubiéramos entrevisto su rauda sombra y escuchado su tétrico roer en horas perdidas de varias noches, sin otro recurso que compartir nuestra prevención frente a *la rata*, que estaría de visita una vez más. Pero ella eligió regresar a nuestro cuarto y atravesarlo para ganar el de Juan Manuel, cuya puerta, previsoriamente entornada por Nancy, la enfrentó a una nueva encerrona. La refriega apenas duró un par de segundos: el roedor volvía sobre su espalda al comprobar la restricción del paso cuando yo, hecho un energúmeno, llegué con la escoba para golpearlo fatalmente sobre el lomo. Con el primer impacto bastó, pero me cercioré de asestarle otros dos para asegurar la faena. El animal quedó tendido sobre la baldosa, sin señal alguna de violencia en su cuerpo peludo. Solo entonces despertó Laura, y su madre la impuso del suceso con deliciosa exactitud:

—Tu papá mató *una* rata.

Eran las dos y cuarto de la madrugada cuando salí a la calle para botar el cadáver, amortajado con una bolsa, seguro de que los barrenderos municipales harían su parte en la mañana. Al volverme hacia la puerta observé que uno de los celadores de la construcción fumaba con evidente despreocupación, recostado contra el umbral de la obra. También allí había acabado



Ethel Gilmour. *Por fin un cuadro bonito* (Serie No ficción). Óleo sobre tela. 50 x 40 cm. 1995. Colección MAMM

toda la agitación. Mientras corría la llave en la cerradura alcancé a pensar que, por si acaso, en mi biblioteca dormía su paciente sueño un libro de Günter Grass, *La ratesa* (no *Una ratesa*). Llevaba viéndolo muchos años en el estante, y muy probablemente le había llegado el momento de ser leído. A fin de cuentas, la casa

de mi madre —donde se ocultaban *Los rateros*— estaba al otro lado de la ancha ciudad.

Juan Carlos Orrego Arismendi es escritor, antropólogo y profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia.